



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de
México
México

García-Martínez, Bernardo

El extraño caso de la “u” invertida: o sea, el de la enmarañada toponimia del Nevado de
Toluca

Contribuciones desde Coatepec, núm. 30, enero-junio, 2016, pp. 17-34

Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28149438002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El extraño caso de la “u” invertida: o sea, el de la enmarañada toponimia del Nevado de Toluca*

The Strange Case of the Inverted "U", that is, the Tangled Place Names of the Nevado de Toluca

Bernardo García-Martínez**

Resumen: Este estudio ofrece un examen pormenorizado de los términos que se han utilizado para dar nombre al Nevado de Toluca desde el periodo colonial hasta el presente, en particular los dos más relevantes: *Chicnauhtécatl* y *Xinantécatl*. Las explicaciones presentadas muestran cómo el primer término, bien documentado para la época colonial, dio pie al invento del segundo, cuyo surgimiento en una publicación de 1854 se debió con toda probabilidad no a una corrupción de la voz original sino a la forma equivocada en que fue oída y transcrita.

Palabras clave: *Chicnauhtécatl*, *Xinantécatl*, Toluca, Nevado.

Abstract: *The present study offers a detailed examination of the words used to identify the Nevado de Toluca from colonial to present times, with emphasis in the two more relevant place names: Chicnauhtécatl and Xinantécatl. The study follows the use of the first of those names, well documented in colonial times, and finds the invention of the second in a 1854 publication, not as a corruption of the original place name, but arguably as a result of a defective transcription of the sound.*

Keywords: *Chicnauhtécatl*, *Xinantécatl* Volcano, Toluca City, Nevado Volcano.

* Agradezco que *Contribuciones desde Coatepec* haya aceptado reproducir este artículo, que fue publicado en 2007 en un libro de muy escasa difusión: *De amicitia et doctrina: Homenaje a Martha Elena Venier*, Luis F. Lara, Reynaldo Ortega, Marta L. Tenorio, (comps.), México, El Colegio de México, pp. 405-424. Gracias a esta generosidad se me ha dado la valiosa oportunidad de que mi trabajo se difunda entre el público de la revista y de manera particular en el Estado de México, donde creo que resultará de interés especial. Previamente, en el año 2000, expuse de manera abreviada el tema en un pequeño opúsculo para la revista *Arqueología Mexicana* (“Los nombres del Nevado de Toluca”, vol. 8, núm. 3, pp. 24-26). El título lo tomo de otra breve nota sobre el mismo tema que preparé en 2003 para un boletín de circulación interna del Club de Exploraciones de México (*La Montaña*, año LXXV, núm. 243, pp. 59-60).

** El Colegio de México.

Había una vez una montaña que se llamaba Chicnauhtécatl.¹ Tal era el nombre con que se conocía en el siglo XVI, y con seguridad antes de la conquista, a lo que hoy llamamos Nevado de Toluca, hermoso volcán que domina un amplio paisaje natural y que, con 4,690 metros de altura sobre el nivel del mar, es la cuarta cumbre más alta de México. Lo del nombre lo sabemos porque así nos lo dicen, sin vacilación alguna, los documentos más antiguos que se ocupan de ella: la “Relación de las minas de Temascaltepec”, que es una descripción geográfica concluida en 1580 por el alcalde mayor Gaspar de Covarrubias, y la “Historia de los señores chichimecos hasta la venida de los españoles”, que es parte de la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, célebre historiador texcocano que escribió hacia 1625.² Son las únicas fuentes que han conservado información al respecto. Ninguno de los códices prehispánicos o coloniales nos da el nombre de la montaña —ni Chicnauhtécatl ni ningún otro—, si bien existe testimonio de una variante que mencionaré más adelante. Es de suponerse que había un nombre nativo, es decir, en lengua matlatzincan —que era la que se hablaba en la mayor parte de la región—, o en otomí, pero nadie se cuidó de registrarlo, así que se ha olvidado.³ El nombre *Chicnauhtécatl* es obviamente náhuatl, y es de suponerse que se difundió con la conquista mexicana del valle de Toluca a fines del siglo XV.⁴

Esta montaña se ha convertido en uno de los símbolos del Estado de México (del mismo modo que la Malinche lo es del de Tlaxcala o el Cerro de la Silla de la ciudad de Monterrey), de manera que forma parte de un conjunto de tradiciones y referentes culturales. Pero en nuestros tiempos se le denomina *Xinantécatl*. No han sido pocos los esfuerzos dedicados a la difusión de este nombre, que por lo general es reputado como más auténtico o autóctono. Hoy en día es el topónimo oficial y como tal es reconocido ampliamente. Se le halla presente en documentos, nombres de calles, guías turísticas, celebraciones escolares y toda clase de funciones de gobierno. Sin embargo, en el habla cotidiana prácticamente todo mundo se refiere a la montaña como *Nevado de Toluca*, o simplemente como *el Nevado*, aun a sabiendas de que es un apelativo inexacto (pues lo de

¹ Los acentos en ésta y otras palabras náhuatl no son rigurosamente necesarios, y no siempre se les hallará en las fuentes citadas. Pero aquí los he añadido y utilizado de manera uniforme.

² Más abajo daré las referencias precisas.

³ El arqueólogo José García Payón (1936: vol. I, 75) dice que “los otomíes de la región de Temoaya llaman a dicha montaña *t'ast'ōbō*, literalmente ‘la montaña blanca’, de *t'asi*, blanco, y *t'ōbō*, montaña”. Pero no fundamenta su aseveración, para la cual no he hallado ninguna otra referencia. Tal denominación pudiera ser meramente genérica.

⁴ Para un resumen actualizado de esta conquista, ver García Castro, 1999, cap. 1.3.

“nevado” le es aplicable sólo por excepción, aunque anteriormente no fue así⁵ y que no es un nombre propio específico. Pero ¿cómo es que la montaña cambió de nombre? ¿Estamos ante uno más de los frecuentes ejemplos de corrupción de un topónimo nativo? Algo hay de esto, pero el caso *Xinantécatl* tiene complejidades muy particulares y no se puede explicar como resultado de la simple corrupción de un vocablo.

Empezaré mi estudio del enigma examinando las dos referencias que mencioné. La primera y más antigua, la relación de Covarrubias, es una de las conocidas “Relaciones geográficas” hechas a partir de 1577 en respuesta a la “Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias”. La pregunta 18 de este documento rezaba así: “¿Qué tan lejos o cerca está [la jurisdicción en cuestión] de alguna sierra o cordillera señalada que esté cerca dél, y a qué parte le cae y cómo se llama?”⁶ La respuesta de Covarrubias fue muy explícita: “Está una sierra nevada que todo el año tiene nieve a cuatro leguas y media del pueblo de Texcaltitlán,⁷ a la parte del septentrión, que en su lengua se dice *Chicnagüitécatl*,⁸ que quiere decir «Nueve Cerros», porque los tiene a la redonda de sí. Dicen [que] tiene en lo alto un hueco grande, de ancho de más de un cuarto de legua, en el cual hay dos lagunas de agua, la una muy clara y la otra de color negro, donde en su gentilidad se dice [que] hacían sacrificios”. La descripción va acompañada de un rústico mapa donde aparece dibujada la “Sierra Nevada”.⁹ Se sabe porque tiene el nombre escrito, pues el dibujo es infame. Pero es una de las rarísimas representaciones gráficas del Nevado que se conservan de la época colonial.

⁵ Al igual que las otras altas montañas de México, el Nevado ha sufrido los efectos combinados del calentamiento global, la sequía y la contaminación. Su cubierta de nieve permanente, limitada a algunas de las partes más altas, y nunca muy gruesa ni muy extensa, desapareció a mediados del siglo XX, y en la actualidad la cumbre sólo se cubre de blanco en raras ocasiones.

⁶ La pregunta 21 abundaba sobre lo mismo: “Los volcanes, grutas y todas las otras cosas notables y admirables en naturaleza que hubiere en la comarca dignas de ser sabidas”. La “Instrucción y memoria” está incluida en cada uno de los tomos de las relaciones compilados por René Acuña que se citan más adelante.

⁷ Texcaltitlán era el pueblo de indios inmediato a las minas de Temascaltepec.

⁸ *Chicnagüitécatl* no hace diferencia frente a *Chicnauhtécatl*. Es sólo una grafía diferente, pues podría ser *Chicnabuitécatl*, y una forma ligeramente diferente de enlazar las dos partes de la palabra, *chicnabui*, *chiconabui*, *chiubnabui*, *chiucnabui* (nueve) y *técatl*. (morador). Estas formas reflejan variaciones regionales o de estilo y su pronunciación es virtualmente la misma.

⁹ Covarrubias, [1580] 1986: p. 147, y pintura frente a p. 143. Lo del “hueco grande” es una alusión al inmenso cráter, donde en efecto hay dos lagunas.

La referencia de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl se halla en la “Tercera relación” de su ya citada “Historia de los señores chichimecos hasta la venida de los españoles”, que a su vez es parte de su “Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España”.¹⁰ Pero es muy parca, pues se limita a referir que el caudillo chichimeca Xólotl, tras recorrer el valle de Toluca, “se fue a otro cerro muy alto que se dice *Chiubnaubtécatl*”,¹¹ y que de éste bajó a Malinalco. La escritura es ligeramente diferente, pero el significado es el mismo. El contexto no deja lugar a dudas de que se trata del Nevado, lo que se confirma con otra mención más, muy de pasada, que aparece en otra parte de la obra de Ixtlilxóchitl, y esto a pesar de ciertas modalidades ortográficas.¹²

De estas referencias debemos decir dos cosas: que son confiables y excepcionales. Lo primero porque sus autores son dignos de crédito: uno, como funcionario cuidadoso en el cumplimiento de lo que se le encargó —y para confirmarlo basta analizar el contenido total de su “Relación”—, y otro, como historiador congruente y bien familiarizado con los detalles de su materia (se trata de uno de los pilares de la historiografía novohispana). Lo segundo porque, hasta donde he podido averiguar, el topónimo no aparece en ninguna otra de las numerosas referencias a la montaña que me ha sido posible localizar —salvo por la variante que mencionaré más adelante. De lo anterior cabe deducir que la voz *Chicnaubtécatl* (en cualquiera de sus modalidades ortográficas) no parece haber tenido difusión en el ámbito de la lengua escrita. Y es que los documentos coloniales se refieren a la montaña casi invariablemente como la Sierra Nevada.

Sierra Nevada era un topónimo ambiguo y poco específico, casi un nombre común, meramente descriptivo. Podría prestarse a confusión, pues a la *Iztaccíhuatl* se le llamaba del

¹⁰ Ixtlilxóchitl, 1891-1892: vol. I, p. 87; Ixtlilxóchitl, 1975-1977: vol. I, p. 295. Las citas se refieren a las dos ediciones existentes. La más antigua se debe a Alfredo Chavero; la más moderna y depurada a Edmundo O’Gorman. Ambas difieren en la forma como resuelven el acomodo de las secciones de la obra.

¹¹ *Chiubnaubtécatl* tampoco hace diferencia frente a *Chicnaubtécatl*, pues sólo refleja una pronunciación diferente de la raíz *chicnabui* con su respectiva variación gráfica. Como queriendo introducir todavía más variedad al asunto, Chavero añade una nota a pie de página que dice así: “*Xiubnaubtécatl*, o más bien el volcán de Toluca llamado *Xinantécatl*” (Ixtlilxóchitl, 1891-1892: vol. I, p. 87).

¹² Aquí la grafía difiere un poco más, o por lo menos así lo interpretaron sus editores: *Chicunaubtocal* según Chavero (Ixtlilxóchitl, 1891-1892: vol. I, p. 474), *Chicunaubtécatl* según O’Gorman (Ixtlilxóchitl, 1975-1977: vol. I, p. 532). Todavía hay que anotar referencias adicionales en la misma “Sumaria relación...” y en la “Historia de la nación chichimeca” (cap. xvii), pero ahí la identificación podría ser dudosa y las grafías varían más: *Chicubnaulicatl*, *Chicubnaubtecatl*, *Chiubnaubtecatl*, según Chavero (Ixtlilxóchitl, 1891-1892: vol. I, pp. 479, 493; vol. 2, pp. 87-88 —donde sin mayor explicación y para mayor confusión el editor anotó que “en otros lugares dice *Chicunaubla*”—; *Chicunaubticatl*, *Chicunaubtécatl*, *Chiubnaubtécatl* según O’Gorman (Ixtlilxóchitl, 1975-1977: vol. I, pp. 535, 545; vol. 2, pp. 43-44).

mismo modo, y de ordinario se hablaba de ésta y de su vecino el Popocatepetl como de la Sierra Nevada y el Volcán.¹³ Esta expresión, por lo demás, parece haber sido tan nítida como la que usamos hoy día cuando nos basta referirnos a *los Volcanes* para dejar constancia inequívoca de que nos referimos a este par. Pero al menos en la región de Toluca la ambigüedad de los nombres no parece haber sido fuente de problemas. Su Sierra Nevada era reconocida con este nombre desde una fecha tan temprana como 1541. Así, por ejemplo, hallamos la mención en una licencia para que el ganado de Alonso de Villaseca, en el valle de Matalcingo (es decir, el valle de Toluca), pueda salir a pastar a los rastrojos, sabanas y ciénegas “que llegan hasta la Sierra Nevada” de fines de noviembre a fines de marzo.¹⁴

Las mismas “Relaciones geográficas” aportan otras referencias a la montaña aparte de la ya mencionada, pero hablan de la *Sierra Nevada de Toluca* (“Relación de Atlatlauhcan”, “Relación de Tasco”),¹⁵ o simplemente de “una sierra nevada” (“Relación de Teutenango”).¹⁶ Pocos años después, en 1597, la expresión seguía siendo la misma. Así se lee, por ejemplo, en un auto acordado en la petición de dos caballerías de tierra en términos de Zinacantepec, “hacia la Sierra Nevada, linde con el arroyo que pasa por el pueblo de San Pedro”.¹⁷ Y hay más. En un documento de 1607 se especifica una merced de tierras con estas palabras: “cuatro caballerías de tierra en términos del pueblo de Calimaya, linde con tierras del pueblo de Tlacotepec, entre los pueblos de San Juan y Santa María sujetos a los dichos pueblos de Calimaya y Tlacotepec, entre unas lomas que van desde un arroyo de la Sierra Nevada”.¹⁸ Otro documento del mismo año no es menos específico al hacer merced de un sitio de corral y dos caballerías de tierra en términos de los pueblos de Tenancingo y Tecualoya, “en la loma de San Bartolomé, sujeto al dicho pueblo, a la falda de la Sierra Nevada de Toluca”.¹⁹ Fray Juan de Torquemada, en su

¹³ Hay numerosos testimonios de esto. Sin salir de las “Relaciones geográficas” véase la muy explícita de Tequixquiac (y Xilotzingo), que precisa que “no tiene esta sierra otro nombre más de llamarla, generalmente, el Volcán y Sierra Nevada”. Galdo, [1579] 1986: pp. 194, 207. También se le decía Sierra Nevada al Pico de Orizaba (por ejemplo en la Relación de Tepeaca: Cerón Carvajal, [1580] 1985: pp. 234, 247).

¹⁴ Mandamiento de 9 abril 1551, Archivo General de la Nación, México (en adelante AGNM), *Mercedes*, vol. 3, f. 328 (305).

¹⁵ Solís, [1580] 1985: pp. 45, 50; Ledesma, [1581] 1986: p.128.

¹⁶ “Que todo el año retiene nieve, y en ella hay dos lagunas no grandes y siempre tienen agua y allí se consume sin tener corriente”. Ávila, [1582] 1986: p. 281.

¹⁷ Auto acordado del 28 agosto 1597. AGNM, *Mercedes*, vol. 22, f. 138 (341).

¹⁸ Merced del 18 junio 1607. AGNM, *Mercedes*, vol. 25, f. 270 (466).

¹⁹ Merced del 28 junio 1607. AGNM, *Mercedes*, vol. 25, f. 468 (528). Otra mención en un auto acordado de 14 noviembre 1608. AGNM, *Mercedes*, vol. 26, f. 118v.

Monarquía indiana, aparecida en 1615, habla de los volcanes de México y evoca juntamente dos de ellos: “la sierra que llaman de Orizaba, que se ve treinta leguas la mar adentro viniendo de España para esta tierra, y la que se dice de Toluca, las cuales todo el año están coronadas de nieve, y esta última tiene una laguna de agua en su cumbre y cima”.²⁰

De una época posterior son los siguientes ejemplos, entrelazados con diversas listas de topónimos y contenidos en los papeles de los frecuentes litigios sobre las aguas que bajaban por las laderas del volcán. Están datados entre 1727 y 1750:

1727. “Es de justicia el que mi parte [...] se ampare y mantenga en la cuasi posesión uso y goce de todas las aguas de la Sierra Nevada en los primeros quince días que son los de su tanda”. Siguiendo el litigio, que fue largo, se precisó que esas aguas que descendían de la Sierra Nevada se encauzaban por el Río Tecaxic.²¹

1743. Se hablaba de “las aguas que bajan de la Sierra Nevada”, y luego de “un rancho nombrado Santa Cruz inmediato al pueblo de San Francisco Calixtlahuaca y a cuyo linde pasa un río que recibe los derrames de otros dos que se hallan en tierras realengas nombradas de San Pedro y de la Sierra Nevada”.²²

1750. “Las aguas que vienen de la hacienda de la Pila y de la Sierra Nevada sustentan los pueblos de Tlacotepec, Capultitlán, San Antonio Cacalomacán, Santiaguito, San Lorenzo, San Juan Bautista, San Juan Evangelista, Camposanto, San Miguel Pinahuizco, San Luis y Tepepan”, Se hablaba también del “río que nombran de la Sierra Nevada y Zinacantepec”.²³

Los litigios continuaban a fines del siglo XVIII por las mismas “aguas de la Sierra Nevada”.²⁴ Y otras menciones remiten a la montaña en sí, como se puede ver en un plano

²⁰ Torquemada, 1975-1983: vol. 4, p. 390 (libro XIV, cap. xxx); también p. 413 (cap. xxxvii), donde se refiere muy de paso a la laguna de la “Sierra de Toluca”. Asimismo, vol. 3, p. 79 (lib. vi, cap. xxiii), aunque en este punto sólo se refiere a una “sierra muy alta que está en el valle de Toluca en cuya cumbre está un lago grande de aguas frigidísimas”.

²¹ “Diligencias de amparo que hizo la justicia de San Joseph de Toluca a el bachiller don Juan Rodríguez de Nava, presbítero de este arzobispado y dueño de haciendas en la jurisdicción de Metepeque, de las aguas de los arroyos de San Juan y Tejalpa” (1727). AGNM, Tierras, 2229, exp. 7, ff. 285-288, 315-316. El asunto sigue en 2371, exp. 1, f. 384.

²² “Diligencias fechas en virtud del despacho del señor gobernador de el Estado y Marquesado del Valle sobre el denuncia de los derrames de las aguas que se expresan” (1743). AGNM, Tierras, 2471, exp. 3, ff. 1-3; también 2476, exp. 1, f. 356; 2410, exp. 1, f. 91.

²³ AGNM, Tierras, 2477, exp. 1, f. 338. Ver también 2456, exp. 2, f. 202; 2485, exp. 1, f. 332. Zinacantepec es un pueblo del valle de Toluca.

²⁴ AGNM, Tierras, 2263, exp. 1, f. 324; 2372, exp. 1, f. 261. Los ejemplos pueden multiplicarse. En un auto acordado de 1698 se hablaba del agua que baja de la Sierra Nevada (AGNM, *Mercedes*, 64, f. 504), y lo mismo en una merced de aguas de 1732 (AGNM, *Mercedes*, 73, f. 75).

elaborado para ilustrar los documentos de un pleito por tierras entablado de 1786 a 1804 entre los religiosos agustinos de Filipinas, propietarios de la hacienda de Tejalpa, y el dueño de la hacienda de la Huerta. En el plano figura el “picacho de la Sierra Nevada”.²⁵

Francisco Javier Clavijero, que escribió su *Historia antigua de México* en versiones italiana y española entre 1770 y 1780, cuidó de dar los nombres nahuas de las más altas montañas mexicanas, pero no lo hizo al respecto del Nevado, al que identificó simplemente como “el de Toloccan”, es decir, Toluca.²⁶ En otras palabras: se trataba de una montaña que no requería de un topónimo específico para identificarse. Todo mundo, al parecer, entendía bien de qué se trataba. El escritor José María Heredia narró con cierto detalle un viaje al “Nevado de Toluca” en 1838, pero no dio ningún otro nombre.²⁷ Diez años antes, en marzo de 1828, en el desempeño de sus extraordinarios trabajos de triangulación geodésica y cartografía, Tomás Ramón del Moral subió al “Picacho del Campanario” en los bordes del cráter del “Volcán de Toluca”.²⁸ Ya Alejandro de Humboldt se había referido al “Nevado de Toluca” y a su máxima cumbre, el “Pico del Fraile”.²⁹ Parece, pues, que de alguna manera se habían formado topónimos específicos para distintas partes de la montaña. En cambio, ni recuerdos parecen haber quedado del nombre nativo en los documentos escritos —o acaso sí; pero hemos de esperar a analizar la variante que mencionaré más adelante.

Tal vez la voz *Chicnahtëcatl* aparezca en algún documento escrito en náhuatl, pero no tengo constancia de ello. En cambio, es muy probable que haya subsistido viva en el lenguaje hablado por la población local. Pero no parece haber sido adoptada por los hispanohablantes, al revés de lo que ocurrió con el nombre del Popocatepetl, que tuvo además la fortuna de ser fácilmente incorporado al lenguaje cotidiano en su forma abreviada: *el Popo*. Algo similar ocurrió con *el Izta*. Pero la expresión *el Chicna*, si alguna vez se profirió, no pasó al vocabulario popular.

La terminación *-técatl* no era lo más común en los nombres de montañas (usualmente terminados en *-tépetl*), pero tampoco era desusada, como en *Tepoztécatl* (o Tepozteco)

²⁵ AGNM, Tierras, 233I, exp. I, f. 235.

²⁶ Clavijero, [1945] 1964: p. 9 (lib. I, cap. VII).

²⁷ Heredia, 1838: pp. 241-254.

²⁸ La narración de Del Moral está inserta o glosada en Ministerio de Fomento (1854): p. 44.

²⁹ Humboldt, [1811] 1966: p. 109 (lib. III, cap. VIII).

—nombre de una peña bastante conocida al sur de la ciudad de México por sus restos arqueológicos, e igualmente de un prominente cerro adyacente al Pico de Orizaba—, o en *Poyauhtécatl*—que es un nombre en desuso del mismo Pico de Orizaba o Citlaltépetl.³⁰ *Técatl* en sí significa “morador” o “habitante”, pero en casos como éste se usa con un valor simbólico: se entiende que el morador es el cerro mismo o parte de él. Así, los “nueve moradores” del Nevado son nueve cumbres que se dibujan en los bordes dentados de su amplísimo cráter, o acaso ocho más una novena en el centro del mismo que divide a las dos pequeñas lagunas que se asientan en él. Cómo se cuenten estas cumbres es cuestión de gusto, pues lo mismo podría decirse que son sólo tres o cuatro, o diez o doce, según se las mire.³¹ Pero lo que es indudable es que la montaña tiene, sin duda, un cierto número de “moradores”, dispuestos a acomodarse al simbolismo que se les quiera dar. Además de esto, el nombre está relacionado con el del principal río que se desprende de la montaña, el Chicahuapan (“Nueve Aguas” o “Nueve Manantiales”).³² Este río es el que actualmente conocemos como Lerma en virtud de pasar por la población de este nombre, llamada así desde su fundación como villa española en el siglo xvii en honor al duque de Lerma, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas —valido de Felipe III que por un tiempo fue el hombre más poderoso de España.³³

Hay que tomar nota de que entre los lugares y sus topónimos (del griego *τόπος* + *ὄνομα* = nombre-de-lugar) la relación no es siempre constante, pareja o lógica. Muchos evocan algún rasgo del medio físico o la población, como ocurre con el nombre del activo volcán Popocatépetl —literalmente, “Cerro que Humea”—, y así pueden producirse miles de ejemplos. Pero otros son totalmente subjetivos, anacrónicos o incongruentes a la vista de las localidades correspondientes. Por ejemplo, un lugar llamado Valle Hermoso puede ser horrible, y la tierra verde evocada en el nombre de Groenlandia lleva más a la imaginación que a la realidad. Casi siempre es explicable el origen de un nombre (sea

³⁰ Ejemplos de este uso en Torquemada, 1975-1983: vol. I, p. 361; vol. 4, pp. 424-425 (lib. III, cap. XI; lib. XIV, cap. XLI). Adviértase que en el índice de la edición se atribuye el nombre al Cofre de Perote, pero esto se debe a una mala lectura del texto.

³¹ En el ambiente montañista lo común es individualizar sólo las dos cumbres mayores: el Pico del Fraile (4,690 m) y el Pico del Águila (4,630 m), pero también se reconocen los picos Campanario, Burkhart, Ordóñez, Pieschel, Humboldt, y Prieto, además del Ombligo (entre las dos lagunas).

³² También se escribe *Chignahuapan*. Ixtlilxóchitl lo nombra río de *Chicubnaubtl* según Chavero (Ixtlilxóchitl, 1891-1892: vol. I, p. 370); de *Chicubnáubtl* según O'Gorman (Ixtlilxóchitl, 1975-1977: vol. I, p. 473).

³³ Referencias en Romero Quiroz, 1971: pp. 176, 181.

elaborado, sea producto de una mera ocurrencia), pero llega a haber algunos tan ajenos a la lógica o la gramática como cualquier interjección. El apelativo de Canadá, nunca explicado satisfactoriamente, pudiera, acaso, ser uno de ellos. Por si todo esto fuera poco, los lugares cambian de nombre, o puede haber dos o más topónimos para un mismo sitio. Esto es muy común tratándose de ríos o de espacios compartidos por gente de dos o más lenguas o culturas, y no es raro que algunas montañas reciban diferentes designaciones dependiendo del punto desde donde se las mire. Otros nombres son traducidos, corrompidos o reescritos siguiendo modas ortográficas. El tiempo deja su huella en ellos de un modo u otro. Todo lo dicho no nos habla ni de virtudes ni de fallas: los topónimos, sencillamente, son así.

Pero los topónimos no son palabras cualesquiera, sino que tienen una personalidad especial. No sólo evocan el lugar que nombran sino que parecen contener algo de su esencia y, a pesar de los cambios que experimentan, se mantienen vivos por siglos. Algunos llegan a ser casi sagrados y se espera que se les pronuncie con sumo respeto, más aún si están ligados a representaciones religiosas o patrióticas. Y en estos casos no es raro que se intente purificarlos, restaurarlos, limpiarlos de las impurezas que el tiempo les ha ido depositando y alcanzar, como resultado de ello, una nítida congruencia entre el lugar, la etimología y el simbolismo. En otras palabras, se espera que los topónimos no sean como son, sino como debieran ser.

Estas consideraciones ocupan un primer plano en asuntos como el que tratamos aquí, que involucra topónimos prehispánicos. Éstos son muy ampliamente valorados en México y a menudo, si hay la opción, se los prefiere a otros posteriores. Pero sobre todo se pone interés en purificarlos, restaurarlos y limpiarlos. A veces la tarea es sencilla, y puede limitarse a corregir un uso ortográfico discutible —como ocurrió en las localidades vecinas de la ciudad de México cuando desecharon las formas Ixtapalapa y Tlálpam que habían suplantado a las más correctas Iztapalapa y Tlálpan.³⁴ Otras veces no es tan fácil, y es poco probable que algún día se revierta la corrupción de que resultaron los nombres de Orizaba o Cuernavaca (originalmente Ahuitzilapan y Cuauhnáhuac). En todo caso, son asuntos que interesan mucho a algunos filólogos e historiadores, pero sobre todo a los que encuentran en estos ejercicios una afirmación de su ideología.

Pero entre estos topónimos ilustres ninguno como *Xinantécatl*. La palabra ha causado quebraderos de cabeza porque se percibe algo impuro en ella, pero no se ha hallado el

³⁴ Criterio que se ha aplicado amplia pero no universalmente. Considérese el caso de Guaxaca o Huaxaca, donde se mantiene la rebuscada forma Oaxaca. Como si al pavo americano le llamáramos “oajolote”.

modo de restaurarla. Su etimología es inexplicable porque la primera parte, *Xinan-*, no parece conducir a nada. La conclusión a que se ha llegado, muy comprensiblemente, es que es la forma corrompida de una voz antigua y que para dilucidar sus misterios se le debe someter a un cuidadoso examen filológico.

Considerando que la solución al problema radica en encontrar el significado de tan extraña palabra, algunos estudiosos le han buscado una etimología lógica, razonable o correcta; es decir, pensando que el topónimo sea como debiera ser. El asunto intrigó a muchos.

Alfonso Luis Velasco, autor de una *Geografía y estadística de la República Mexicana*, publicada en 1889, dejó asentado que *Xinantécatl* significaba “Señor Desnudo”, de *Xipetzic*, “cosa desnuda”. La cubierta de nieve del Nevado, en efecto, no era mucha ni permanente. De ahí lo de desnudo.³⁵ Levantaremos la ceja ante este ejercicio etimológico, pero no podemos tachar a Velasco de falta de imaginación. Mas no fue él quien difundió con éxito esa traducción tan... original, sino Manuel de Olaguíbel, autor de una *Onomatología del Estado de México* publicada en 1894.³⁶ Cecilio Robelo (que no conoció o no tomó en cuenta la obra de Velasco y por tanto atribuyó la traducción a Olaguíbel) lo rebatió en 1900: “Ni está desnudo, ni es señor”, concluyó después de revisar las etimologías, pero sin proponer otra alternativa. Sólo consideró la posibilidad de que el nombre derivara de *Chinantécatl*, o sea “el natural de Chinantla”. Pero no. “Tal cual nombre es impropio para un volcán”.³⁷ ¿Ese afán por querer que los topónimos sean como debieran ser!

Aquí conviene abrir un paréntesis. Manuel Orozco y Berra, buen conocedor del pasado mexicano, reconoció sin objeción alguna el nombre proporcionado por Ixtlilxóchitl, si bien lo reprodujo con la grafía *Chiuhuahtécatl*.³⁸ Y por otro lado, Francisco del Paso y Troncoso —editor de una primera edición de la “Relación de las minas de Temascaltepec”— se limitó, con muy buen tino, a poner una nota de pie de página con

³⁵ Velasco, 1889-1895: vol. I, p. 15. No queda claro, sin embargo, cómo fue que Velasco llegó a esa conclusión. ¿Acaso alguien propuso esa traducción antes que él?

³⁶ Olaguíbel, 1894: p. 7. Una primera edición de la obra apareció un año antes como apéndice a la *Memoria de gobierno del gobernador Vicente Villada*. Puede verse un ejemplo de la difusión temprana del término en *México y sus capitales*, M. González Pérez, ed., México, Talleres de Tipografía, Fotograbado y Rayado de Pablo Rodríguez, 1906: p. 399; otro en la edición de Ixtlilxóchitl por Chavero (*vid.* nota II, *supra*).

³⁷ Robelo, 1900: pp. 233-235. Según un impreciso comentario de Romero Quiroz, la posibilidad de un *Chinantécatl* también fue considerada por Antonio Peñafiel, a quien no convenció. Romero Quiroz, 1959: pp. 21-22.

³⁸ Al menos así se lee en la edición. Luego agrega lo siguiente en una nota referida a los topónimos enumerados por Ixtlilxóchitl. “La generalidad de estos puntos es conocida...”; entre ellos “...*Chinauhécatl*, el Nevado de Toluca”. Orozco y Berra, 1960: vol. 3, p. 88 (lib. II, cap. V); *vid.* notas II a 13, *supra*.

una observación tan simple como impecable: *Chicnagüitcatl* “escrito correctamente sería *Chicnauitcatl* y mejor aún *Chicunauitcatl*, nombre que se ha corrompido tanto con el tiempo que actualmente lo escriben y pronuncian *Xinantcatl*, dando de él, por consiguiente, muy diversa etimología”.³⁹ Pero los asuntos etimológicos no eran el interés fundamental de estos dos autores, de modo que no participaron en el debate y, consiguientemente, no se les tomó en cuenta.

La discusión todavía habría de llenar muchas páginas. En 1936 el arqueólogo José García Payón opinó que la palabra —una de las “más discutidas” del Estado de México— provenía de *chiuhnauteca*, habitante de Chiuhnautla, que debía entenderse como la región ocupada por los matlatzincas bajo el dominio tolteca. Aclaró que sería más propio escribir *xiuhnauteca*, pues de ese modo se le podía hacer provenir de *xiubtic*, “turquesa”, lo cual hacía más convincente todo el asunto. “Hemos encontrado el origen de la palabra *Xinantcatl*”, concluyó ufano. Ciertamente que a García Payón no le ayudó mucho el ponerse a discurrir qué significaría eso de que los xiuhnauteecas se denominaran de ese modo: ¿... se pintaban el cuerpo o las extremidades de azul oscuro? Más plausible fue otra suposición suya, basada en la idea de que era posible desligar de la palabra el componente *nabui* (“cuatro”): sería porque del Nevado, “teniendo [éste] cuatro picos, que como flechas parecen agujerear el firmamento, que desde lejos se veían azulados, recibió entonces la provincia el nombre de los ‘cuatro turquesados o azulados’”. En realidad la hipótesis, aunque muy mal explicada, era menos extravagante que las anteriores, pero el propio García Payón la descartó como válida para nombrar al volcán, pues prefirió inclinarse (de manera por demás rebuscada que no vale la pena detallar) a decir que el volcán se llamaba *Toluca*. Y concluye así: “Pero si bien el Nevado de Toluca sirvió para dar nombre al terreno que rodeaba, éste no podía ser al mismo tiempo el nombre de la montaña”.⁴⁰ En fin.

Pero nadie abordó el tema con tanta pasión como el erudito mexiquense Javier Romero Quiroz, quien escribió en 1959 un pequeño librito para refutar las opiniones anteriores y proponer una nueva solución. Desautorizó todas. Lo del “Señor Desnudo”, razonablemente, no lo aceptó.⁴¹ La opinión de García Payón no le mereció mayor respeto: dijo que sus definiciones etimológicas carecían de base y que sus deducciones eran falsas. Curiosamente no le objetó lo de las cuatro cumbres. Pero después de discurrir sobre

³⁹ Nota a Covarrubias, [1580] 1906: p.22.

⁴⁰ García Payón, 1936: vol. I, pp. 71-75.

⁴¹ Romero Quiroz, 1959: pp. 19-22. Como parece haberse basado en la opinión de Robelo, este autor también ignoró o no tomó en cuenta la obra de Velasco. Sólo hizo notar que es una “traducción que se ha popularizado y tomado como verdadera, aun por personas de amplísima cultura”.

sutilezas en cuanto a la exacta etimología que se obtendría de poner *ch* o *x*, o poner o quitar una *u* o una *h*, calificó la propuesta del arqueólogo con un calificativo que seguramente le pareció demoledor: son “una simple suposición”.⁴² En cuanto a *Chicnauhtécatl* (palabra que conocía a través de la edición de las “Relaciones geográficas” que hizo Paso y Troncoso), lo rechazó debido a que su etimología le pareció, sencillamente, incorrecta. No encontró los nueve cerros viéndolo de donde se vea, sino “muchos picos y crestas en número mayor de nueve”, y agregó con gran orgullo indigenista que “el curioso observador náhuatl nunca se equivocó en el número de cerros cuando los señalaba”. Fin del asunto; y además “*técatl* no significa cerro”. Y si hubiéramos de recordarle que la palabra aparece en la obra de Ixtlilxóchitl, “un verdadero experto en el idioma náhuatl”, Romero Quiroz nos deja prevenidos para que no quede duda: el distinguido historiador texcocano “no pudo equivocarse al escribir una palabra en su propio idioma que hubiera querido significar ‘Nueve Cerros’”: lo que pasa es que tomó el nombre de la “Relación de Temascaltepec” y lo copió sin fijarse. Finalmente, después de analizar el nombre del pueblo de Zinacantepec (o Tzinacantepec), cuyo topónimo, en traducción, ésta sí, inequívoca, significa “Cerro del Murciélago”, Romero Quiroz concluyó que *Xinantécatl* era una derivación o contracción de *Tzinacantécatl* (“Morador de Tzinacantepec”) y que éste era “el nombre verdadero de nuestro volcán”.⁴³

El binomio *Tzinacantécatl*-*Xinantécatl* le resultó aceptable a la luz de consideraciones etimológicas y circunstanciales. Se trataba de nombres “toponímicamente correctos”, y la corrupción o simplificación del vocablo sonaba razonable. Curiosamente, los esfuerzos de Romero Quiroz no condujeron a pugnar por la difusión de la palabra *Tzinacantécatl* o en su defecto *Xinacantécatl* (casi igual en la pronunciación), sino que se conformó con haber quedado satisfecho con su explicación del origen de la voz *Xinantécatl*, olvidándose de la restauración de la forma —según él— original. O bien le flaqueó su purismo etimológico, o le quedaron dudas al respecto, o bien no quiso darle mucha difusión a lo que pudo haber sido un topónimo de uso muy localizado (cosa que, en el ámbito político del Estado de México, donde él se movía, podría resultar políticamente incorrecta). Pero la verdad es

⁴² Romero Quiroz, 1959: pp. 13-16, 22-29.

⁴³ Romero Quiroz (1959: pp. 46-51) dio parte del crédito a Lázaro Manuel Muñoz, autor de un folleto sobre la carretera a la cima del Nevado, quien dijo haber hallado la palabra *Xinacantécatl* en “documentos antiguos” que logró consultar y de cuya ubicación no quiso acordarse. Romero Quiroz criticó los ejercicios etimológicos de su colega (que lo llevaron a —*guess what!*— otra propuesta más: que el nombre verdadero y correcto debía ser *Xinacantlacatl*), pero aceptó que su conclusión era acertada. Ver Muñoz Lazcano, s/f: pp. 9-12.

que no sería nada raro que en los tiempos en que se hablaba del Chichnauhtécatl los habitantes de Zinacantepec prefirieran hablar de *su* Zinacantécatl, lo cual es comprensible: no le hacían mucha violencia al nombre y satisfacían su amor propio. Ya hemos hecho notar que no es raro que algunos cerros reciban nombres diferentes según se los mire de un lado u otro. A pesar de todo no hemos de reprimirnos en rebatir a Romero Quiroz con una sopa de su propio chocolate: este posible uso local no está documentado. Se trata de “una simple suposición”.

Curiosamente, nadie se ha hecho una pregunta tan sencilla como crucial para abordar la problemática del *Xinantécatl* de manera lógica y consistente: ¿de dónde surgió la palabra?

Tampoco se ha reflexionado sobre el fundamento de las sesudas indagaciones etimológicas que se han hecho —con grandes masturbaciones mentales a propósito de si el significado es tal o cual según se ponga una *ch* o una *x*, una *u* o una *b*. Porque hay que notar que todas provienen de la lectura o interpretación de formas escritas, pero nunca oídas, y de las que además, suponiendo que alguien las haya oído, no se puede asegurar que hayan sido bien transcritas ni que hayan llegado sin erratas a las publicaciones en que se les puso. Publicaciones entre las que, hay que notar, pocas se distinguen por su esmero editorial.

Mi opinión es que el problema no está en las etimologías. Está en la vista cansada.

Xinantécatl apareció, acaso por primera vez y sin explicación alguna, en la “Estadística del Departamento de México” incluida en los *Anales del Ministerio de Fomento* de 1854. Y esto, en un párrafo referido no a la montaña en sí sino a sus aguas: “De los deshielos del Xinantécatl, conocido por el Nevado de Toluca, se forma el río nombrado de la Presa”.⁴⁴ En la misma “Estadística” se dejó ver también una forma más que aún no hemos considerado pero debemos añadir a nuestro ya nutrido catálogo de modalidades, variantes, variaciones y diferencias. El párrafo que la contiene dice así: “En gran parte es montuoso el terreno [de la Villa del Valle, o sea el actual Valle de Bravo] por ser una parte de la falda del *Zinacatécatl*, el Nevado de Toluca, y por esto está llena de mesas, de valles y barrancas”.⁴⁵ Esta palabra pudo ser una variante de *Tzinacantécatl*, la favorita de Romero

⁴⁴ Ministerio de Fomento (1854): p. 672.

⁴⁵ En la publicación se lee *Zinacatecaelt*. La extraña terminación debe interpretarse como un descuido en la transcripción —el compilador pudo no haber sabido cómo escribir la palabra que oyó de su informante. Ministerio de Fomento (1854): pp. 242-243.

Quiroz,⁴⁶ si es que este topónimo aparentemente local realmente se usó, o pudo ser una mera inconsistencia fruto de un descuido editorial, de lo cual hay abundantes evidencias en la citada obra.

Pero en ella hay otras muchas menciones de la montaña y no vuelve a aparecer su topónimo nativo. En un capítulo donde se habla específicamente de montañas, la referencia es más cauta: “Entre los cerros [...] mencionados se halla el muy notable del volcán que llaman el Nevado de Toluca”. Se explica en seguida que “el río que baja de las vertientes del Nevado y pasa por Toluca sirve para regar las sementeras de varias haciendas”. Luego, al hablar de Tenango del Valle, señala un depósito de plata “al pie del Volcán de Toluca”, y en otros puntos refiere que “una sección del Nevado de Toluca pertenece también a Calimaya”, que varios ríos de Tecualoya proceden de la “Sierra Nevada”, que los de Zacualpan proceden “del Volcán de Toluca”, y que otras corrientes de agua de Ixtapan de la Sal “tienen su origen en la Sierra del Volcán o Nevado de Toluca”.⁴⁷ Estos nombres tan comunes se imponían, pues, en la propia “Estadística”.⁴⁸

Esta obra fue el fruto de un esfuerzo colectivo promovido por la Secretaría de Fomento.⁴⁹ Para elaborarla, varias gentes se ocuparon de recorrer la jurisdicción del entonces Departamento de México (fue durante uno de los periodos centralistas) y visitar sus archivos. Fue entonces, seguramente, que algunos de ellos escucharon el nombre de la montaña, concediendo que el topónimo se conservara vivo entre la población local de ciertos lugares —o acaso lo escucharon de algún anciano informante que lo recordaba. Debieron de haberlo anotado por ahí, o se conformaron con retenerlo en la memoria para el momento de la redacción final.

La explicación ordinaria sería que *Xinantécatl* fue el resultado de la corrupción del topónimo original de la montaña a través del tiempo, pero es posible lanzar una hipótesis más, tan perversa como fascinante: que todo vino del modo como se escribió o se copió. El

⁴⁶ Romero Quiroz parece no haber tenido a la vista la “Estadística del Departamento de México”, pues no la menciona. Ha de lamentarlo, pues le hubiera proporcionado a su hipótesis un sustento nada desdeñable.

⁴⁷ Ministerio de Fomento (1854): pp. 35, 212, 215, 236, 692, 698.

⁴⁸ Del “Nevado” o la “Sierra del Nevado” se siguió hablando aun después. Ver por ejemplo “Dictamen aprobado por el ilustre Ayuntamiento de Toluca para evitar el monopolio de la nieve que pretende establecer don Florencio Ávila” (21 marzo 1866), Archivo Histórico Municipal de Toluca, Sección Especial, caja I3, exp. 678. Agradezco a Carolina Martínez la comunicación de este dato.

⁴⁹ La comisión encargada estuvo presidida por Joaquín Noriega y trabajó de septiembre de 1853 a febrero de 1854. La labor fue “revisada y corregida por la parte facultativa de la Sección 5ª y la Sección de Estadística de esta misma Secretaría”. Ministerio de Fomento (1854): p. 23.

topónimo original no se había corrompido en lo más mínimo; acaso se pronunciaba con ligeras variantes. En cierto momento a un anónimo empleado de la Secretaría de Fomento que hacía sus recorridos para recopilar información le hablaron del Chicnauhtécatl. El oyó algo como *Shinautécatl* y escribió en sus notas de campo *Xinautécatl* (una transcripción pobre, pero no necesariamente una palabra corrompida —y todos sabemos que la *x* náhuatl tiene el valor de *sh*). En cualquier momento se haría presente el defecto muy común de hacer un trazo manuscrito casi indiferente para la *u* y para la *n*, o bien el de confundir ambas letras, dejando la incógnita del *Xina?técatl*. Algo como esto:

A handwritten cursive script of the word 'Xinantecatl'. The letters are fluid and connected, with a large 'X' at the beginning and a 't' at the end. The ink is dark on a light background.

Y en esa época, como bien sabemos, los libros se formaban a mano, letra por letra. Acaso el buen cajista que formó los *Anales* de 1854 interpretó la *u* como *n*, o puso la *u* boca abajo, o no lo pensó mucho, u olvidó sus gafas, seguido a lo cual lanzó al mundo, instantáneamente, una nueva palabra.⁵⁰ Luego difundieron este nombre quienes lo leyeron, no quienes lo oyeron.

Hija de la corrupción o de la vista cansada, o simple resultado de una encrucijada de posibilidades, *Xinantécatl* fue una voz que nació y se difundió con suerte —con una suerte extraordinaria y realmente incomprensible para una palabra tan nueva y con tan débil sustento. Pero era una época en que empezaba a ponerse en boga el rescate (e incluso la siembra) de topónimos nahuas. Su oscuro significado la hacía doblemente intrigante y eso explica los arduos esfuerzos por descubrirle una acepción correcta. Nada de eso impidió que el nuevo nombre del Nevado de Toluca alcanzara el prestigio de una denominación oficial, sobre todo una vez que se le halló la etimología “toponímicamente correcta” (y también políticamente correcta) que tanto se buscó. A *Chicnauhtécatl*, en cambio, le aplicaron la ley del hielo. Como si hubiera sido víctima de una maldición.

Se dirá ahora de mi propuesta lo que ya se ha dicho de otras: es “una simple suposición”. Tal vez. Excepto que falta tomar en cuenta una variante del nombre del Chicnauhtécatl que desde un principio ofrecí mencionar pero la he guardado hasta este

⁵⁰ La hazaña también pudo haber sido obra de un corrector de estilo. Ninguno como ellos para inventar palabras, oraciones y conceptos extravagantes.

momento. La palabra aparece en el traslado del texto de una merced que se hizo el 28 de octubre de 1563 “a los naturales del pueblo de Santa María Nativitas Tarimoro, sujeto a Metepec, de un sitio de estancia para ganado menor en el llano que está al pie del volcán que nombran *Chiubnaubtzin*”.⁵¹ Esta palabra deriva de una de varias formas de referirse al nueve —*chicnabui*, *chiconabui*, *chiubnabui*, *chiucnabui*,— y termina con un sufijo reverencial: equivale a decir de manera muy respetuosa “El Nueve” o “Los Nueve”. En el fondo equivale al *Chiubnaubtécatl* de Ixtlilxóchitl y a los “Nueve Cerros” del *Chicnagiutécatl* tan palmariamente señalados por Gaspar de Covarrubias en su “Relación de Temascaltepec”. Relación que, por cierto, nos da el testimonio más exacto, preciso y explícito que tenemos al respecto del tema que nos ha ocupado. Ahora es posible añadirle una evidencia un poco más antigua. No es una equivalencia exacta, cierto, pero fortalece el valor de esa fuente en la cual, desde hace mucho, debimos haber confiado. Y además hace que mi “simple suposición” resulte mucho más sustentable. La evidencia disponible, y sin duda alguna las fuentes más antiguas y directas, apuntan al hecho de que el elemento clave del nombre del Chicnauhatécatl es el número nueve.

¡Tan sencillo que hubiera sido haberle hecho caso desde un principio al meticoloso alcalde mayor que recogió fresco y de primera mano, en 1580, el topónimo del Chicnauhatécatl e inclusive lo tradujo! Tuvo mala fortuna, el pobre, y lo mismo quienes, como Orozco y Berra o como Paso y Troncoso, aceptaron o al menos no objetaron la evidencia que se les presentó. En cambio, ese héroe anónimo que se hizo bolas con el *Xina?técatl* (*?Xinautécatl?* *?Xinantécatl?* *?Xinautécatl?* *?Xinantécatl?*) desató una pequeña tempestad. Como las que se experimentan, a veces, al recorrer las rocosas cumbres de los “Nueve Cerros” en un día de mal tiempo.

Ahora hemos de decidir si ha llegado o no el momento de romper una lanza por el olvidado *Chicnauhatécatl* y ayudar a que la desnuda montaña recupere su hermoso nombre. O, por lo menos, a que al maltratado *Xinantécatl* le pongan la *n* boca arriba.⁵²

⁵¹ Expediente relativo a Santa María Nativitas, municipio de Calimaya, con testimonios y fragmentos certificados por Ramón A. Gochiaca, director del Archivo General de la Nación (1878). Archivo General Agrario, *Documentos Separados*, vol. 2, exp. 3, f. 8.

⁵² Lo de maltratado es por el pésimo manejo ambiental que se ha hecho de su entorno, y particularmente de sus partes más altas, en las que un ilusorio proyecto de centro de esquí nunca prosperó, el poco cuidado que se les da está impregnado de prácticas burocráticas, y el terreno es ahora pasto de las agresivas ruedas de los practicantes del motocross.

Bibliografía

01. Ávila, Francisco de (1986), “Relación de Teutenango” [12 mar. 1582], en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 2, pp. 272-283.
02. Cerón Carvajal, Jorge (1985), “Relación de Tepeaca y su partido” [20 feb. 1580], en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 2, pp. 215-260.
03. Clavijero, Francisco Javier (1964), *Historia antigua de México* [ca. 1780], Mariano Cuevas, ed. México, Porrúa.
04. Covarrubias, Gaspar de (1906), “Relación de las minas de Temazcaltepec”, en Francisco del Paso y Troncoso (ed.), *Papeles de Nueva España. Segunda serie: Geografía y estadística. VII: Relaciones geográficas de la diócesis de México y de la de Michoacán*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
05. Covarrubias, Gaspar de (1986), “Relación de las minas de Temazcaltepec y Tuzantla” [1 dic. 1580], en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 2, pp. 133-161.
06. Galdo, Alonso de (1986) “Relación de Tequixquiac y su partido” [30 sep. 1579], en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 2, pp. 185-210.
07. García Castro, René (1999), *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzincas: La negociación del espacio político de los pueblos otomianos (siglos XV-XVII)*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Nacional de Antropología e Historia/El Colegio Mexiquense.
08. García Payón, José (1936), *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 2 vols. (Facsimil: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1974.)
09. Heredia, José María (1838), “Viage al Nevado de Toluca”, en *Calendario de las señoritas mexicanas para el año 1838*, México, Librería de Mariano Galván, pp. 241-254. (Ha sido reproducido en *Mosaico Mexicano* (1840-1842), México, Imprenta de Ignacio Cumplido, vol. 1, pp. 81-83; en Olaguibel (1894), pp. 180-183, y en otras publicaciones.)
10. Humboldt, Alejandro de (1966), *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* [1811], Juan A. Ortega y Medina (ed.), México, Porrúa.
11. Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva (1891-1892), *Obras históricas de...*, Alfredo Chavero (ed.), México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 2 vols.
12. Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva (1975-1977), *Obras históricas*, Edmundo O’Gorman (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2 vols.
13. Ledesma, Pedro de (1986), “Relación de las minas de Tasco” [6 mar. 1581], en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 2, pp. 105-132.
14. Ministerio de Fomento (1854), “Estadística del Departamento de México”, en *Anales del Ministerio de Fomento: Industria agrícola, minera, fabril, manufacturera y comercial, y estadística general de la República Mexicana*, México, Imprenta de F. Escalante. (Facsimil del vol. 1: *Estadística del Departamento de México*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1980.)
15. Muñoz Lazcano, Manuel (s/f), *La carretera al cráter del volcán*, Toluca, Proa.
16. Olaguibel, Manuel de (1894), *Onomatología del Estado de México, comprendiendo cuatro idiomas: mexicano, otomí, mazabua y tarasco*, Toluca, Tipografía del Gobierno en la Escuela de Artes y Oficios. (Facsimil: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1975.)
17. Orozco y Berra, Manuel (1960), *Historia antigua y de la conquista de México* [1880], México, Porrúa, 4 vols.
18. Robelo, Cecilio A. (1900), *Nombres geográficos indígenas del Estado de México: Estudio crítico etimológico*, Cuernavaca, Luis G. Miranda, Impresor. (Facsimil: Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México, 1974.)

19. Romero Quiroz, Javier (1959), *El volcán Xinantécatl: Toponimia*, Toluca, Ediciones del Gobierno del Estado de México.
20. Romero Quiroz, Javier (1971), *La ciudad de Lerma*, Toluca, H. Ayuntamiento de Lerma.
21. Solís, Gaspar de (1985), "Relación de Atlatlauhcan" [17 sep. 1580], en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. I, pp. 39-52.
22. Torquemada, Juan de (1975-1983), *Monarquía indiana* [1615], Miguel León Portilla (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 7 vols.
23. Velasco, Alfonso Luis (1889-1895), *Geografía y estadística de la República Mexicana*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 2 vols. (Facsimil del vol. I: *Geografía y estadística del Estado de México*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1980.)

BERNARDO GARCÍA-MARTÍNEZ. Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, investigador emérito del Sistema Nacional de Investigadores y miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia. Ha canalizado su labor a temas de geografía histórica, historia rural e historia de las instituciones, con especialidad en el periodo colonial y algunos aspectos del siglo xx. Actualmente prepara un estudio de la organización corporativa de los pueblos de indios y los municipios. Próximamente ofrecerá una *Historia mínima de la invasión y conquista de México*. Entre sus publicaciones principales y/o más recientes pueden destacarse las siguientes:

Tiempos y lugares: Antología de estudios sobre poblamiento, pueblos, ganadería y geografía en México (2014); *Las regiones de México: Breviario geográfico e histórico* (2008); "Hernán Cortés y la invención de la 'Conquista de México'" (2016); "El naturalista frente a la historia y el historiador frente a la naturaleza: Las enseñanzas de Alcide d'Orbigny" (2016); "Encomenderos españoles y *British residents*: El sistema de dominio indirecto bajo la perspectiva novohispana" (2011); *Señoríos, pueblos y municipios: Banco preliminar de información relativa a la genealogía de las unidades políticas y territoriales básicas de Mesoamérica, Nueva España y México* (con Gustavo Martínez Mendoza, 2012); "La ordenanza del marqués de Falces del 26 de mayo de 1567: Una pequeña gran confusión documental e historiográfica" (2002); *Los pueblos de la Sierra: El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700* (1987); *Historia de México* (1985) y *Las carreteras de México (1891-1991)* (1992). Ha contribuido con capítulos en la *Nueva historia mínima de México* (2004) y la *Nueva historia general de México* (2010).

Además de lo anterior tiene numerosos trabajos en publicaciones académicas de todo tipo y escribe con frecuencia en la revista *Arqueología Mexicana*.